

## MEXICO: Estructuralismo a medias \*

Sorprende encontrar en medio de páginas y páginas dedicadas al esoterismo literario, a la calca cosmopolitoide provinciana del estructuralismo de Levy Strauss, a la nostalgia del Lewis Carroll de los espejos alucinantes, no del economista hermético pero feroz y crítico del sistema burgués de *Alicia en el país de las maravillas*, y a la reivindicación de juegos de palabras en que, para desazón de los editores, los malabaristas de ahora descubren la precedencia temporal y cualitativa de despreciados josejuantabladas, aserciones como éstas:

"...es necesario destacar que antes y después de la revolución... el desarrollo norteamericano ofrece un modelo al desarrollo en México"; "...los consumidores subsidiaron a los productores, los asalariados son obligados a consentir en la comprensión de sus ingresos, el sistema fiscal se orienta en favor del capital y el presupuesto de gastos públicos es gobernado por las necesidades de la inversión privada"; "el presupuesto federal es orientado a estimular la inversión, la empresa pública es concebida como un apoyo material a la empresa privada y el fisco se empeña en aligerar la carga de los productores", y otras como: "México llega tarde al capitalismo y a la industria-

lización bajo los estímulos y la acción directa del exterior, y una de las continuidades más sorprendentes entre el porfiriato y la revolución estriba en el deseo de devorar rápidamente la brecha que nos separa de los países industriales".

Lo anterior incita a un ¡EUREKA!: el tema del subdesarrollo de México ya se trata hasta en revistas tan alambicadas y dirigidas por un poeta que escinde al país en dos, mediante apolíneos *úkases* (el México "subdesarrollado" y el "próspero"), con un criterio estructural y dialéctico, en el que subdesarrollo y capitalismo forman el todo y no porciones explicables separadamente o por elucidación del peso e influjo exclusivo de los factores externos o internos.

No es que el gozo se hunda definitivamente. La crítica a la creciente dependencia de México, traducida en "*dependencia política*", abunda en el concienzudo artículo de Pérez Correa. Pero toda parece forzada a mantenerse fiel a interpretaciones rancias, oficiales, de la llamada revolución de 1910, "*una revolución [que] se aproxima así a la instauración de una nueva alianza política dirigida por los sectores intermedios asociados a campesinos y obreros*", afirma el autor, avalando sin asomo de du-

da la alianza de campesinos y obreros con el "*bloque en el poder*", en la cual no aparece la participación de aquéllos en el proceso de lucha armada que en esencia fue un notorio periodo de lucha de clases, del cual obreros y campesinos salieron derrotados por diversas circunstancias, entre otras precisamente porque las masas se inscribieron dentro de la lucha burguesa, sin contar con las condiciones de su autonomía orgánica ni mucho menos ideológica.

La independencia orgánica de las huestes de Zapata implicaba su aislamiento regional y su limitación ideológica, la agresiva autonomía de la división del norte no desvinculaba a Villa de la dependencia con respecto a los burgueses, en ciernes o maduros, como Carranza y Obregón; los obreros, cuando independientes orgánicamente caían, por los caminos del anarquismo, en la prisión de la ideología burguesa o, supuestamente aliados del carrancismo, en la aberración de batallones rojos destinados a combatir a los únicos aliados posibles del proletariado —los campesinos—, y en favor de imposibles pactos con los Carranza, los Obregón, los Calles; todos éstos en búsqueda para ellos y su clase del paraíso de la "estabilidad económica y la paz política y social".

A partir del error histórico consistente en suponer que el triunfo de la revolución abarca por igual al "*bloque en el poder*" y a sus "*aliados*" obreros y

campesinos, y no significa una derrota cabal de éstos que abre a la vez la perspectiva de su creciente enajenación, dependencia y aun del "charrismo", hasta las más sustanciosas aseveraciones de Pérez Correa surgen revestidas del halo de ambigüedad. Por ejemplo, al mencionar las contradicciones "*entre el desarrollo de un sector dinámico muy sofisticado y el receso del resto de la economía*", etcétera, se afirma: "*difícilmente pueden ser resueltas dentro de los parámetros políticos del sistema actual*". Cierto. Pero aparte de no hablar en la enumeración de todas esas contradicciones, sino de las que enfrentan distintos sectores de la economía capitalista, concretamente la clase dominante dominada del capitalismo del subdesarrollo, sin que por ningún momento emerja la contradicción fundamental con las masas trabajadoras (los productores reales y no como los capitalistas que en el texto se califican de tales), se deja a la imaginación *carrolliana* fijar cuáles son esos parámetros: ¿únicamente los políticos? ¿Los de naturaleza estructural deberán ser los mismos, con la condición de que excluyan de su ámbito "*a los sectores envejecidos*" y alienten a los más dinámicos? ¿Acaso será el socialismo la única salida? Eso no lo dice el autor. Prefiere los terrenos ambivalentes.

De ese modo se explica que afirme: "*este sistema de dominación es inexplicable si no recordamos que la revolución mexi-*

\* PLURAL, revista mensual de *Excelsior*, México, No 9, junio de 1972. "Las Clases Dominantes en México", artículo de Fernando Pérez Correa, pp. 29-33.

*cana engendra una amplia participación popular, al mismo tiempo que un ejército de caudillos que por alianzas y supresiones consolidan un poder centralizado”, para concluir: “estrechez [«del margen de maniobra del personal político, el Presidente a la cabeza»]... dentro del marco estructural definido... por*

*una revolución que ha dado la espalda a las masas que la generaron”. Ambigüedad toda reacia a llamar pan y vino a las cosas, y por ello instalada en el campo definido por Hegel en el cual una verdad a medias se trasmuta en mentira absoluta. JORGE CARRIÓN.*